

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Alberto Bellucci, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Augusto Zampini, Andrés Di Cío, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba),
Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)
Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Cío
Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Editorial	3
Bernard Pottier En tentación	5
Thomas Söding La tentación.	17
Sobre el sentido de la sexta petición del Padrenuestro	
Helmut Hoping No nos conduzcas a la tentación.	21
Interpelación a nuestra imagen de Dios y al discurso sobre el Diablo	
Baptiste Milani Hablar para no entrar en tentación.	31
La recaída en la salvación, según Michel Foucault	
Jean-Luc Marion El mal en persona	45
Andrés Di Cío El Ritual de los exorcismos. Una presentación	59
Ignacio Díaz A raíz de las tentaciones de Joseph Day	73

PERSPECTIVAS:

Agustín Podestá | **Catolicismo, masonería y laicismo en Domingo Faustino Sarmiento** 79

A raíz de las tentaciones de Joseph Day

—
Ignacio María Díaz

Si alguien le preguntara a Joseph Day, el protagonista de la novela *Moïra* de Julien Green, cuál es la petición del Padre Nuestro que más eco produce en su interior, rezaría probablemente las dos últimas: “No nos dejes caer en la tentación y libranos del mal”. Porque Joseph Day vive atormentado por la tentación. Lo acechan la impureza, la tentación de la carne y del eros. No es mi intención hacer una lectura exhaustiva de la novela, ni mostrar la hondura de la obra de Green.¹ Quisiera simplemente anotar algunos efectos que produjo en mí.

Joseph Day es un joven entrañable y querible. Uno tiene el deseo de ayudarlo de alguna manera a desenroscar el mundo de su interioridad. Contra el hedonismo adolescente de sus compañeros de estudio, se impone a sí mismo una ascesis rígida, también adolescente, para controlar sus impulsos y sus pasiones. Después de leer *Romeo y Julieta* reflexiona:

Aunque no quisiera confesárselo, pues Shakespeare es Shakespeare, la historia de Romeo y Julieta le había parecido sencillamente idiota: esos amores clandestinos, esa violencia, ese doble suicidio, cuántas faltas graves, imperdonables, quizá. Sus padres no habían andado con tantas vueltas para casarse. Y en cuanto al acto impuro por el cual lo habían concebido, un muchacho honesto no lo imaginaba jamás.²

Y luego, como no podía ser de otra manera, rompe el libro y lo tira a la basura. Lejos de él debían quedar esos amores clandestinos y esa violencia, esa incitación a la sensualidad. Su rechazo también se dirige a las estatuas griegas dispuestas en el pasillo de la universidad, estatuas “desnudas”; al retrato que un compañero le dibujaba mientras lo veía estudiar; al noviazgo de su amigo y pastor, David; y a la simple idea de dormir en el mismo cuarto y en la misma cama donde había dormido Moïra.

Esta última, una joven de su misma edad cuya sombra enturbia la novela desde el título, representa el cúmulo de fantasías y de atracción del

¹ Cf. C. MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Madrid, Editorial Gredos, 1960, 375-453; F. GADEA, “Julien Green: De la prisión a la libertad”, *Revista Communio Argentina* (2017-II). Debo la mayor parte de estas reflexiones a los diálogos tenidos con la Hermana Belén de Jesús, carmelita descalza del Carmelo Santa Teresita del Niño Jesús (Buenos Aires), y a un texto inédito suyo.

² J. GREEN, *Moïra*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1961, 54

protagonista. El poder que ejerce Moira sobre él es tan fuerte y el eros que le despierta es tan salvaje, que el joven estudiante, asustado de sí mismo, reacciona reprimiéndose con una fuerza exagerada y agotadora. Pero finalmente, esa represión se torna insoportable, alcanza límites inhumanos y acaba convirtiendo a Joseph Day en algo similar a un animal y una bestia. El párrafo siguiente es quizá uno de los más terribles que he leído:

Moira retrocedió dando la espalda a la puerta y su rostro se puso pálido. En la penumbra, vio en los ojos de Joseph un brillo que nunca había visto en ningún hombre, y de pronto, el terror se apoderó de ella. “Abra esa puerta” dijo. Él dio un paso hacia ella. Sobre su frente y sobre sus ojos sintió el aliento del joven que avanzaba la cabeza como un animal. “¡No!” dijo Moira en voz baja. “¡No! ¡No quiero! ¡No quiero!”.³

Algunos acusan a esta novela de ser anacrónica, afirman que ya no existen jóvenes escrupulosos como Joseph Day. Ciertamente es que muchos adolescentes ya no están formados dentro de estructuras de moralidad rígida. Pocos se confesarían, en nuestros días, pidiendo perdón por haber tenido “pensamientos impuros” o por haber “mirado carnalmente a una mujer”, y muchos menos dejarían de acercarse por ello a la comunión sacramental. Sin embargo, me pregunto: ¿Quién no ha querido controlar sus pasiones como el personaje de Green? ¿Quién no ha deseado enterrar el mundo tenebroso de su carne debajo de nieve inmaculada, debajo de una pureza caída del cielo?⁴ ¿No siguen siendo la carne, las pulsiones y las pasiones un mundo cargado, misterioso, potencialmente violento y peligroso? Después de pelear contra Joseph Day, un compañero de estudio, Praileau, sentencia: “Hay un asesino en ti”.⁵ ¿Quién, al conocerse un poco a sí mismo, no ha sentido alguna vez que lleva dentro algo así como un “asesino”, o una bestia incontrolable? Concluyo: incluso en una cultura de moralidad laxista la relación entre carne y espíritu sigue siendo un interrogante; la novela de Green tiene el mérito de poner la cuestión sobre la mesa.

El camino elegido por el personaje para controlar sus impulsos y para alcanzar la pureza no resulta ni satisfactorio ni sano. Al contrario, se vuelve un caldo de cultivo para lo contrario al eros: la violencia, el *thánatos*, la pulsión de muerte. Detrás de la represión a la que se somete Joseph Day se esconde otra tentación relacionada con la carne, una que es contraria al hedonismo pero que es igual de dañina: la tentación de negar la propia carnalidad, amputarla,

³ J. GREEN, *Moira*, 208

⁴ La expresión es de la Hermana Belén de Jesús (cf. nota 1)

⁵ J. GREEN, *Moira*, 36

dicho desde la novela, asfixiarla y enterrarla. Por este camino, la persona acaba dividiéndose, disociándose:

(...) deseo terriblemente ese pecado que no cometo. No sabes lo que es ese apetito del cuerpo. Algunas veces tengo la impresión de estar separado de mi carne: es como si hubiese en mí dos personas.⁶

Un rato después se desayunaba a solas con David, como siempre, y David le hablaba con su voz dulce, le ofrecía pan, café, y era otro quien contestaba, comía. Eso le parecía a Joseph más extraño que todo: él estaba allí y otro obraba en su lugar; en cierto modo, él no estaba presente.⁷

¿Qué otro resultado podría tener la negación de la carne más que la propia alienación? ¿No somos, después de todo, también eso mismo: carne? Se vuelve imperiosa entonces la necesidad de integrar la carne en el espíritu mediante una ascesis sana pero real y efectiva.

Para aproximarnos a una idea general de esa nueva ascesis, propongo una vuelta a la dogmática fundamental católica. Desde allí se podrá ver el aporte cristiano a la pregunta sobre la carne. Digámoslo con claridad: para desempañar la niebla que cubre a la carne bajo un manto de sospecha, así se trate de la niebla del dualismo platónico como de la divinización del eros en el mito o en el hedonismo, es necesario contemplar el misterio de Jesús, el Verbo en carne. El equilibrio propio de la ascesis cristiana, deberá ser un equilibrio derivado de su arquetipo, Cristo, o no será cristiano: el *lógos* que se hace *sárx* y en ese hacerse carne transfigura la carne. Lejos está de este arquetipo una “liberación” al estilo de la revolución sexual posterior al Mayo Francés, una banalización del cuerpo y del eros como la que vemos en los medios, o la búsqueda desenfrenada de placer y bienestar. Son propuestas de *sárx* sin *logos*. Acusando a la razón de ser un *corset* que oprime y acusando a toda moral de ser paternidad avasalladora de la libertad, han negado la verdad inmanente a la carne y al cuerpo (“éste es un cuerpo de varón, aquél es un cuerpo de mujer”) y la vocación del hombre de ser señor de sí mismo. Las consecuencias son funestas: al negar la razón han entregado la carne a la violencia de la irracionalidad.⁸

⁶ J. GREEN, *Moira*, 179

⁷ J. GREEN, *Moira*, 214

⁸ Los casos de abuso, la pedofilia y la violencia de género no pueden pensarse, creo, por fuera de este fenómeno. Así lo expuso Benedicto XVI, papa emérito, en la reflexión que hizo sobre el tema en febrero del 2019, a raíz de la convocatoria del papa Francisco a un Simposio sobre el tema de los abusos. El texto fue publicado en *Klerusblatt* y su traducción al castellano se encuentra en internet.

Pero hay algo más por decir: el *lógos* se hace carne sin desechar la carne; al contrario, la santifica al asumirla. La lleva a su verdad más profunda, una verdad insospechada e in-deducible pero a su vez coherente con su esencia. Como respuesta al desenfreno sexual y a la liberalidad en materia moral no se debería caer en una rigidez victoriana. La espiritualidad dualista y la ascesis que tienden a la “espiritualización” tal como la encarnó Joseph Day, son propuestas de *lógos* sin *sárx*, de razón sin carne. Por aquí caminan la versión dualista de Platón, el budismo con su fundición en el Todo, los racionalismos, la “*sola fides*” luterana, la moral jansenista, Hegel y el Espíritu Absoluto, la energía de la *new-age*... la lista sería interminable. Sea nuestro cuerpo o sea el de Dios en Cristo, lo que cuesta aceptar al fin y al cabo es Juan 1,14: *logos sárx egéneto*, “El *logos* (Palabra, Verbo) se hizo carne”. Y al hacerse carne introdujo un principio que rompe con el platonismo y el idealismo, el principio encarnatorio-sacramental: a Dios se lo conoce en la carne, no por fuera de ella sino justamente en ella; y lo mismo se aplica para todo lo que gira dentro de la constelación de la carne, a saber, la estética y el eros.

La ascensión de la carne por parte del Verbo es un acto de amor. De hecho, sólo el amor es el que lleva a Dios a hacerse hombre, compartir con el hombre su condición de ser-carnal, y llevar a su plenitud ese estado sin negarlo sino amándolo. La ascesis es una respuesta a una experiencia teologal del amor de Dios: si Dios nos ama hasta hacerse carne con nosotros, ¿cómo no responderle con un amor semejante, un amor que haga lo que él hizo, es decir, tomar la carne y vivirla hasta lo profundo en la entrega propia hacia los demás? En esa entrega de la propia carne ocurre la paradoja del perder-encontrar: cuando se pierde la propia vida al entregarla, se acaba encontrándola (el paso del cuerpo crucificado al cuerpo glorificado y resucitado).

Al final de la novela el lector por fin puede respirar un poco más tranquilo. Joseph Day le confiesa su pecado-crimen a David y deja que se derrita la nieve que tapaba el cuerpo de Moïra. Es la conversión del protagonista. Conversión hacia la verdad de la carne. De alguna manera, la novela termina en el umbral de la estética y la ascesis cristiana: desenterrar la carne y asumirla. Y se hace la luz, humildemente, como germen y de salvación:

Un rayo de sol caía sobre su mesa de trabajo y se desplazaba muy lentamente a través de la habitación como para señalar un objeto, luego otro: primero el canto de un libro, luego una rosa sobre el papel de la pared junto a la cabeza del joven dormido, luego una esquina de la almohada.⁹

Dije al comienzo que no iba a hacer una lectura exhaustiva de la novela sino a tomar nota de sus efectos en mí. Me falta comentar un efecto que poco tiene de sistemático y académico, pero creo que su mención se justifica. Terminé de leer *Moïra* en el subte, camino a la Catedral de Buenos Aires. Durante la misa no pude evitar sentir cierta tristeza por Joseph Day y cierta sensación de desesperanza. Al final, pensé, la carne es un problema: sea hacia el platonismo o sea hacia el mito dionisiaco y la revolución sexual, es un problema. Después de la comunión, cuando llevaba el Santísimo a la capilla de reserva, fui sorprendido y arrebatado por el *Ave verum corpus* de Mozart interpretado por el coro de la Catedral. El aliento me fue devuelto al cuerpo. No encuentro la estética cristiana mejor dicha que allí. Cuarenta y seis compases donde el “cuerpo verdadero” es alabado mediante la unión -casi divina- de palabra y música, de letra y espíritu.¹⁰

Adoramos el Cuerpo de Cristo realmente presente en la Eucaristía y adoramos, en esa presencia, el misterio por el cual toda carne configurada con la del Verbo queda santificada. Un himno titulado “Salve, verdadero cuerpo” es escandaloso y es locura tanto para los que acusan a la carne de ser el principio del mal, como para los que proponen una liberación de la carnalidad sin el componente de verdad. Es escandaloso, sí, pero que nadie diga que no es verdaderamente bello. Hay una buena noticia que anunciar: nada de lo humano se pierde, nada de lo humano queda afuera del amor de Dios y de su salvación. Cuerpo y verdad, carne y razón, materia y sentido: la tensión debe vivirse y sostenerse. ¡Ave, verum corpus! ¡Salve, carne!

⁹ J. GREEN, *Moïra*, 231

¹⁰ Cf. F. Ortega y C. Coleman, *Mozart, el triunfo divino de la música*, Buenos Aires, Agape Libros, 2013, 122. Recomendando leer lo que allí se dice del *Ave verum*: un comentario que nace de la emoción estética unida al pensamiento teológico.